



Colección Teatro

Delicado equilibrio

EDWARD ALBEE

EDITORIAL SUDAMERICANA

Después de "La historia del zoológico", "El sueño norteamericano" "¿Quién teme a Virginia Woolf?" y "Tiny Alice", Edward Albee prosigue en "Delicado equilibrio" su corrosiva, despiadada indagación de los conflictos y tensiones que asechan bajo la apacible convivencia suburbana en Estados Unidos o en cualquier otra sociedad avanzada contemporánea. Los gestos son más medidos y el lenguaje dramático más depurado y suelto que en "¿Quién teme a Virginia Woolf?", pero la angustia íntima se ha quintaesenciado hasta el aullido de terror absoluto, desesperanzado, y la solidaridad y la compasión se han evaporado dejando apenas rutina y vacío.

Traducción de LUCRECIA ELENA CASTAGNINO DE MATHÉ
Revisión de ALBERTO VANASGO Y MATTEO DIFUMATO

EDITORIAL SUDAMERICANA

Buenos Aires

PRINTED IN ARGENTINA IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

© 1969, Editorial Sudamericana Sociedad Anónima, Buenos Aires.

© 1966 by Edward Albee, Atheneum, New York.

Título del original en inglés: "A delicate balance"

© Corrección editorial del texto: Matteo Difumato, Quadrom
(Te@tro Rural), Roquetas de Mar, España, 2023. 77 páginas.

www.teatrorural.es (www.quadrom.eu)

ISBN 978-80-909083-0-7

Los Personajes

AGNES: Una elegante mujer al finalizar sus cincuenta años de edad.

TOBÍAS: Su marido, unos años mayor.

CLARA: La hermana de Agnes, varios años más joven.

JULIA: La hija de Agnes y Tobías, 36 años, facciones angulosas.

EDNA Y HARRY Muy del tipo de Agnes y Tobías.

LA ESCENA - El cuarto de estar de una casa de las afueras amplia y bien ubicada. Época actual.

Acto primero

En la biblioteca-living. Agnes sentada en una silla, Tobías ante un estante examinando botellas de licor.

AGNES (*habla en general con suavidad, con una leve insinuación de sonrisa en su cara: ni sardónica, ni triste... pensativa, tal vez*).

— Lo que me parece más asombroso aparte de mi propia creencia, que siempre me ha sorprendido por el simple hecho de no resultarme desagradable en absoluto, la creencia de que yo podría muy fácilmente — como dicen ellos — perder la razón algún día, no porque sospeche que me pueda suceder, o que esté cerca...

TOBÍAS (*habla casi de la misma manera*). — No hay mujer más cuerda en el mundo, Agnes. (*Golpetea las botellas*.)

AGNES. — ...porque no soy de esa clase; simplemente que no está más allá de lo posible... una suave liberación de las amarras, que deja el globo a la deriva — y yo creo que eso es lo más importante: ir a la deriva ... llegar a ser un extraño para... el mundo, totalmente... desligada de todo, porque nunca lo veo como algo violento, sólo un dejarse ir a la deriva — ¿qué estás buscando, Tobías?

TOBÍAS. — Todos nos volveremos locos antes que tú. El anís.

AGNES (*con una breve risa feliz*). — Gracias, querido.

Pero nunca podría hacerlo — irme a la deriva — porque ¿qué sería de ti? Como decía, lo que encuentro más sorprendente, al margen de aquella especulación — y a veces me pregunto, también, si no soy la única que lo admite: no que yo pueda volverme loca, sino que cada uno de nosotros piensa que podría serlo — ¿por qué se te ha ocurrido tomar anís?

TOBÍAS (*lo considera*). — Pensé que podía ser agradable.

AGNES (*frunce la nariz*). — Es pegajoso. Prefiero el cognac. Se supone que es saludable... la especulación o la aceptación supongo, de que si a uno se le ocurre que puede estarlo, entonces no lo está; pero nunca me he sentido muy reconfortada por eso; yo entiendo que si puedo pensar que algún día, o más probablemente una tarde temprano — algún oscuro otoño —, puedo volverme totalmente loca, bien, es algo que entonces podría ocurrirme. (*Risa franca.*) Algún otoño oscuro: Tobías está sentado ante su escritorio, y de pronto, levanta la vista de todas esas horribles cuentas y ve a Agnes, loca como una cabra, masticando las cintas de su vestido...

TOBIÁS (*sirviendo*). — ¿Cognac?

AGNES. — Sí; Agnes — sentada junto al fuego —, con su boca llena de cintas, su mente flotando, a la deriva; nada se puede hacer por la pobre inútil más que ponerla en un manicomio en alguna parte, vender la casa, mudarse a Tucson, por ejemplo, y echarse al solcito, a languidecer y vivir hasta los cien años. (*Él le da a ella su cognac.*) Gracias, querido.

TOBIÁS (*le besa la frente*). — El cognac también es pegajoso.

AGNES. — Sí, pero es más agradable. Siéntate a mi lado, ¿eh?

TOBIÁS (*se sienta; levanta su copa*). — Por mi loca dama, arrastrando sus cintas.

AGNES (*se sonríe*). — Y, por supuesto, no he usado el vestido con cintas desde que Julia se volvió a casar. ¿Estás cómodo?

TOBIÁS. — Por ahora sí.

AGNES. — Lo que me parece más asombroso — aparte de mi temor, teóricamente saludable —, no, no temor, qué tonta soy, de mi saludable especulación de que yo pueda llegar, algún día, a ser una carga para ti... Lo que me parece más asombroso en este mundo, con todos los años que tengo... es Clara.

TOBIÁS (*intrigado*). — ¿Clara? ¿Por qué?

AGNES. — Que alguien, sea o no la hermana de uno, pueda ser tan... Bueno, no quiero usar una palabra inconveniente, porque estamos muy cómodos aquí, ¿no?

TOBÍAS (*sonríe en guardia*). — Puede ser.

AGNES. — Como dice el refrán, lo único más agudo que el colmillo de una serpiente es la ingratitud de una hermana.

TOBÍAS (*levantándose y yendo hacia una silla*). — El refrán no es así.

AGNES. — Debería serlo. ¿Por qué te cambias?

TOBÍAS. — Se está poniendo incómodo.

AGNES (*cortante a medias*). — Cuando las papas queman es mejor irse, ¿eh? ¿No es así?

TOBÍAS (*sin hacerle caso*). — No soy tan joven como lo fue cualquiera de nosotros en alguna época.

AGNES (*brindando*). — Yo soy tan joven como el día en que me casé contigo — aunque sé que no lo parezco — porque eres muy buen marido... la mayor parte del tiempo. Pero yo estaba hablando de Clara. O estaba empezando a hacerlo.

TOBÍAS (*sacudiendo la cabeza con sabiduría*). — Sí, estabas empezando.

AGNES. — Si quisiera hacer una lista de todas mis cargas — si tuviera un cuaderno bien grueso y un mes por delante que perder — tendría que poner entre las que más pesan sobre mis hombros, con la posible excepción de los problemas de Julia con sus casamientos, tus... debe ser algo instintivo, creo yo, o reflejo, eso más bien, tus reflejos de defensa ante todo lo que Clara...

TOBÍAS (*muy amablemente, pero hay hielo debajo*). — No sigas, Agnes.

AGNES (*risa breve*). — ¿Me vas a tirar algo? ¿La copa? Dios mío, espero que no... Ese espantoso anís desparramado por todas partes.

TOBÍAS (*paciente*). — No.

AGNES (*desafiándolo serenamente*). — ¿Qué, entonces?

TOBÍAS (*mirando su mano*). — Me quedaré sentado tranquilamente...

AGNES. — ... como siempre...

TOBÍAS. — ... sí, y quisiera que te disculparas con tu hermana por lo que, debo confesarte, considero en verdad una gran...

AGNES. — ¡Disculparme! ¿Con ella? ¿Con Clara? Me he pasado la vida pidiendo disculpas por ella; no haré ahora más grande mi humillación pidiéndole disculpas a ella.

TOBÍAS (*imitando burlonamente un epigrama*). — ¿No se le pide disculpas a aquellos por los cuales se debe pedir las?

AGNES (*guiñando el ojo lentamente*). — Redondo.

TOBÍAS. — Es breve, pero una de las reglas del aforismo...

AGNES. — Creí que era un epigrama.

TOBÍAS (*leve sonrisa*). — Un epigrama es generalmente satírico, y tú...

AGNES. — ... y yo soy rigurosamente seria. ¿No es eso?

TOBÍAS. — Me temo que sí.

AGNES. — Volviendo específicamente de Clara a... a sus efectos ¿qué harías si yo perdiera un tornillo...?

TOBÍAS (*se encoge de hombros*). — Ponerte en un manicomio en alguna parte, vender la casa y mudarme a Tucson. Languidecer al calor del sol y vivir para siempre.

AGNES (*considera sus palabras*). — Humm, te apuesto a que lo harías.

TOBÍAS (*amistosamente*). — Apúrate, sin embargo.

AGNES. — Oh, haré la prueba. No será una simple paranoia, sin embargo, ya sé lo que es eso. He tratado tan intensamente... Bueno, tú sabes lo poco que cambio; Dios mío, ni siquiera puedo levantar la voz, a no ser ante un hecho muy tremendo, y me doy cuenta de que tanto la alegría como la tristeza elaboran sus... maravillas en mí, mucho más... llanamente, lentamente, más adentro, que en los demás: un bronceado de sol más que una quemadura. No hay montañas en mi vida... Ni tampoco grietas. Es un terreno amable, ondulado... verde, querido, gracias a ti.

TOBÍAS (*despuntando un cigarro*). — Se hace lo que se puede.

AGNES (*pequeña risa*). — Es nuestro lema. Si alguna vez nos vamos barranco abajo, o necesitamos una divisa, o juntamos las

cosas, debemos hacer que se ponga eso en latín —se hace lo que se puede— sobre tus chaquetas, y encima de la chimenea; tal vez, podamos ponerlo también sobre la ropa blanca...

TOBÍAS. — ¿Crees que debería ir al cuarto de Clara?

AGNES (*silencio: luego con dureza, firme*). — No. (*Tobías se encoge de hombros, enciende su cigarro.*) Ya bajará, o no.

TOBÍAS. — ¿Hacemos lo que podemos?

AGNES. — Por supuesto. (*Silencio.*) Así que no va a ser una simple paranoia. La esquizofrenia, por otra parte, es mucho más probable, aun teniendo en cuenta su improbabilidad. Creo que se la puede producir químicamente... (*Sonríe.*) Si todo lo demás fallara; si la cordura, tal como es, llegara a hacerse demasiado pesada. Hay momentos en que pienso que sería tan... adecuado, si uno pudiera tomar una píldora, o darse una inyección, incluso... y alejarse, nada más...

TOBÍAS (*con bastante sequedad*). — Deberías tomar drogas, querida.

AGNES. — Oh, pero eso es momentáneo; hasta la afición a las drogas es la repetición de una tranquilidad momentánea. Me interesa la paz... no un simple alivio. Y no soy compulsiva además... como algunos... como nuestra querida Clara, digamos.

TOBÍAS. — Sé buena, ¿quieres?

AGNES. — Creo que me gustaría vivirlo totalmente... aun ante la posibilidad de que no pudiera... regresar. ¿No sería algo terrible, acaso, haberlo provocado, inducido, si es que no iba a suceder naturalmente, y la esperanza estuviera allí? Con sorpresa en su voz.) ¿Y si no se puede regresar? ¿Por qué pusiste mi coñac en una copa de licor?

TOBÍAS (*levantándose y yendo hacia ella*). — Oh... Lo siento...

AGNES (*tendiéndole su copa; él la toma*). — Esta noche no estoy para beber; lo que quiero es respirar: mi nariz metida en la copa, con todo lo maravilloso ahí adentro, y en un gran silencio.

TOBÍAS (*alcanzándole una nueva copa de coñac*). — Yo pensé que Clara estaba mucho mejor esta noche. No vi ninguna necesidad de que le dieras un levante tal.

AGNES (*fastidiada*). — Clara no estaba mejor esta noche. ¡Francamente, Tobías!

TOBÍAS (*aferrándose a su convicción*). — Me pareció que lo estaba.

AGNES (*poniéndole fin al asunto*). — Bueno, no estaba nada mejor.

TOBÍAS. — Pero...

AGNES (*tomando su nueva copa*). — Gracias. He decidido, considerando todos los pro y los contra, que no me haré inyectar ningún tipo de locura, que todos estos años en que nos hemos soportado mutuamente las tretas y las chifladuras nos han hecho merecedores, a cada uno, de la compañía del otro. Y te prometo que tendré buenos pensamientos, saludables, positivos, para evitar la locura, si llega a presentarse... sin que la invite.

TOBÍAS (*sonríe*). — ¿Quieres decir que no tengo esperanzas de ir a Tucson?

AGNES. — Ninguna esperanza.

TOBÍAS (*tristemente irónico*). — Hélas...

AGNES. — Solo te quedan esperanzas de llegar a ser aún más viejo de lo que eres en compañía de tu segura esposa, tu cuñada alcoholista y las ocasionales visitas de nuestra melancólica Julia. (*Algo triste.*) Eso es lo que te queda, mi querido Tobías. ¿Es suficiente?

TOBÍAS (*un poco triste, también, pero con calidez*). — Lo será.

AGNES (*feliz*). — Nunca dudé que así sería. (*Oye algo y dice agriamente.*) Oye. (*Clara ha entrado.*)

AGNES. — ¿Viene alguien?

TOBÍAS (*la ve a Clara, incómoda, apartada de ellos*). — Ah, por fin llegaste. Le decía a Agnes hace solo un momento...

CLARA (*a la espalda de Agnes, un discurso ensayado, sobrellevado y odiado*). — Tengo que pedirte disculpas, Agnes; lo siento mucho.

AGNES (*sin mirarla; con sorpresa irónica*). — ¿Qué es lo que sientes mucho, Clara?

CLARA. — Te pido disculpas porque mi naturaleza es tal que despierta en ti toda la fuerza de tu brutalidad.

TOBÍAS (*con el fin de aplacar*). — Bueno, miren, creo que podemos dejar de lado todas... estas cosas.

AGNES (*se levanta de su silla y se dirige hacia la salida*). — Si vienes a comer a cualquier hora, si cuando tratas de decir buenas tardes y acaso los colores del otoño no estaban preciosos hoy, solo balbuceas vocales y si se te huele el vodka desde la otra punta de la habitación, y no vuelvan a decirme, ninguno de ustedes dos, que el vodka no deja olor en el aliento: si lo estás esperando, si con fastidio y tristeza no estás esperando sino eso, entonces ¡huele!, si tales condiciones existen... persisten ... entonces la reacción de alguien que se siente agobiada por su amor no es brutalidad — aunque sería excusable, ¡créeme! — no es brutalidad de ningún modo, sino el aspecto amargo del amor. Si rezongo, es porque quisiera no tener que hacerlo. Si soy hiriente es porque no soy nada más nada menos que humana y si se me puede acusar una vez más de exagerar las cosas permíteme recordarte que es mi forma de ser y no lo que importa. Te pido disculpas por hablar con claridad. Tobías, tengo que llamarla a Julia. ¿Hay una hora de diferencia o dos?... Nunca me acuerdo.

TOBÍAS (*seco*). — Tres.

AGNES. — Ah, es claro. Bueno, sé considerado con Clara, querido. Ella se siente... ofendida. (*Sale. Un breve silencio.*)

TOBÍAS. — Oh, bien.

CLARA. — Nunca sé si aplaudir o llorar, o más bien qué es lo que se apreciaría más, o esperan más que haga.

TOBÍAS (*con tristeza, más bien*). — Eres una grandísima tonta.

CLARA (*tristemente*). — Sí. ¿Por qué quiere llamarla a Julia?